

LA ILUSTRACION CATOLICA



PRECIOS DE SUSCRICION

	Península.	Extranjero.
Tres meses.....	16 reales.	» »
Seis meses.....	30 »	11 francos.
Un año.....	60 »	21 »

Numero suelto real y medio.

DIRECTORES

LITERARIO

RELIGIOSO

D. VALENTIN GOMEZ || D. FRANCISCO CAMINERO

PROPIETARIO

JOSÉ AMALIO MUÑOZ

ADMINISTRACION: Calle de la Villa, número 4

PRECIOS DE SUSCRICION

	Semestre.	Un año.
Cuba y Puerto-Rico.....	2 1/2 pesos.	4 pesos.
Filipinas, Méjico y Río de la Plata.....	3 1/2 »	6 »
En los demás estados d' América fijan los precios los señores Agentes.		

ÉPOCA 2.^a—AÑO II.



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

Madrid 14 de Agosto de 1878

NÚMERO 6.^o

SUMARIO

TEXTO. Nuestros grabados, por A.—Revista de la semana, por D. Valentin Gomez.—La edad de piedra, por D. Juan Catalina Garcia.—Magdalena (oda), por D. Antonio Valbuena.—La madre política, por el marqués del Henar.—El castillo de terciopelo, novela de Paul Féval, traducida por doña Balbina Antúñez.—El Arpa, por D. Mariano Moya.—Movimiento religioso.—Jeroglífico.—Anuncios.
GRABADOS: El Cardenal Alejandro Franchi.—El maestro D. Hilarion Eslava.—Orillas del lago Tanganika.

NUESTROS GRABADOS

El Cardenal Alejandro Franchi.
(Véase la Revista de la semana de nuestro número anterior).

El maestro D. Hilarion Eslava.
(Véase la misma Revista de la semana).

Orillas del lago Tanganika (Africa Central).—Partiendo de Zandibar, allí, al lago Tanganika, que ocupa una inmensa extension de aquella parte del Africa, habian llegado los atrevidos exploradores Cameron, Livigtone y Stanley; y allí, tras de la ciencia exploradora, han llegado ya los misioneros civilizados.

Esa hermosa region de Tanganika, de la cual daremos varias vistas todavia, se convertirá muy pronto en un gran Vicariato apostólico, de donde brote la nueva civilizacion del Africa, como brotó la antigua al soplo irresistible de la fé y del martirio.

REVISTA DE LA SEMANA

Al salir inopidamente de Madrid, se me han borrado de la memoria ¡oh amabilísimos lectores! todos los sucesos grandes y chicos que han podido llenar los dias pasados desde nuestro último número.

Recuerdo vagamente que ha habido en las Cámaras inglesas fuertes debates políticos acerca del tratado anglo-turco, en cuya virtud ha ido á parar la isla de Chipre á poder de Inglaterra.

Recuerdo que la oposicion *wigth* ha calificado nada ménos que de inmoral ese comercio de relaciones á espaldas de las potencias reunidas en Berlin.

Recuerdo que hubo hasta un cambio de tarjetas de desafio entre Beaconsfield y Gladstone, porque éste dijo de aquel algo como que habia deshonrado á Inglaterra con su conducta innoble, y aquel contestó que Gladstone era un retórico charlatan á quien su verbosidad se le subia fácilmente

los insurrectos, hará de la paz de Berlin una tregua que deberá romperse antes de mucho tiempo con formidable estrépito.

Y, en fin, recuerdo muy bien que las negociaciones entre el Vaticano y el príncipe de Bismarck pueden darse ya por concluidas, y que las bases principales son la vuelta de los jesuitas y de los obispos y sacerdotes desterrados al territorio del Imperio; el nombramiento de las autoridades eclesiásticas sin intervencion de las civiles, y el reanudamiento de las relaciones entre Alemania y la Santa Sede, como existian antes de la ruptura y de la fatal promulgacion de las opresoras leyes de Mayo.

Aún [me es posible añadir que en el Reigstach, á juzgar por los datos de las elecciones que acaban de verificarse, se sentarán unos cien ultramontanos, dispuestos naturalmente á favorecer las tendencias conservadoras y pacíficas del gobierno, si el gobierno persiste en la buena senda comenzada, más que por su propia voluntad por el imperio terrible de las circunstancias, harto peligrosas para los que han jugado torpemente con el juego del socialismo.

Esto es lo que recuerdo de las cosas pasadas al otro lado de las cordilleras pirenaicas. De la parte de acá nada sé, sino que Madrid se ha despoblado de políticos, y que allá en el fondo de los apacibles y pintorescos valles de las Provincias Vascongadas, entre vaso y vaso de agua sulfurosa, se conferencia mucho entre altas personalidades, que á mí (dicho sea en el fondo de la más íntima confianza) me tiene completamente sin cuidado.

Hace tiempo que la altura de muchas personalidades me ha curado de espanto, y á veces, ¡oh soberbia humana! se me figura que

tan altas y todo como son, no se las puede mirar sin microscopio.

¿Pero qué razon hay para que yo haya perdido la memoria de lo que sucede en el mundo? ¿Qué honda impresion ha venido á agitar mi ánimo has-



EL CARDENAL ALEJANDRO FRANCHI

á la cabeza. Y recuerdo que el desafio quedó en agua de cerajas, como no podia ménos de quedar, dada la categoría de los personajes y la publicidad de sus respectivos insultos.

Recuerdo tambien que la adquisicion de la isla de Chipre y la ocupacion de Bosnia y Herzegovina por el Austria, que tiene que andar á tiros con

ta el punto de desvanecer casi por completo todas las demás impresiones?

Pues sencillamente: que la imprevista necesidad de un viaje de pocas horas me ha transportado desde Madrid, la capital moderna, con sus *hoteles* á la francesa, sus *jardinillos* á la inglesa, sus nuevas calles tiradas á cordel, su hipódromo tirado por la ventana y sus bufos afortunadamente silbados todas las noches, á la antigua Avila, la ciudad de la Edad Media, con su magnífica muralla coronada de torreones y troneras, con sus gallardos templos cuajados de bellezas arquitectónicas y esculturales, y sobre todo, con sus grandes recuerdos de aquella insigne doctora, nacida dentro de estos muros, pero desparramada como semilla de virtud y de ciencia por el fértil campo de la cristiandad.

La sombra de Santa Teresa de Jesús se proyecta en todas partes donde sople un tantico el suave ambiente de la piedad y de la fé cristiana. Es un pueblo lleno de Santa Teresa, y de tal suerte y tan legítimamente orgulloso de esta envidiable gloria, que el alma incrédula debe ahogarse dentro de la ciudad de Avila, como un pajarillo dentro de la máquina neumática.

Es imposible respirar aquí sin el aire de la fé. Más aún; debe ser un tormento espantoso para el descreído tropezar á cada paso con las huellas de aquella santa, confundidas aquí con las de otros muchos santos, y con las indelebles que la civilización cristiana de la Edad Media ha dejado grabadas en piedra, para asombro de los verdaderos amantes de la belleza artística.

¡Cristianismo y arte! Esto es Avila, y esto es todo pueblo que ha sabido conservar sus tradiciones, como conserva el mayorazgo las riquezas de sus antepasados.

Todavía no he hecho más que recorrer á la ligera algunos de los principales monumentos.

Pero dando á la fé las primicias de mi curiosidad, me he apresurado á visitar el monasterio donde la santa doctora pasó veinte y siete años de su vida.

Allí está la que fué celda, convertida hoy en capilla.

Allí está el pavimento que ella pisó, y donde por maravillosa manera, Jesucristo mismo se apareció tantas veces durante los éxtasis de la santa.

¡Qué emoción para un cristiano! La atmósfera que nos rodeaba había sido embalsamada por la presencia de Jesús, como los santos lugares de Jerusalén.

Aquella tierra debe ser tierra fecunda en santidad, porque ha escuchado los dulcísimos coloquios de Teresa con su amadísimo Jesús; porque ha presenciado esos profundos y misteriosos hechos de la mística, en que el alma, traspasada de amor inefable, se adhiere á su mismo Criador como formando parte de Él mismo, como desapareciendo anegada en aquel mar sin fondo y sin orillas, cuyo nombre ni los ángeles pronuncian sino sumidos en el profundo temor de la criatura y en la adoración infinita del bienaventurado.

No; la lengua humana no puede decir lo que siente el espíritu cuando se acerca no más á los bordes de estos esplendorosos abismos de la fé.

Nunca se ha podido expresar con tanta propiedad esa idea que se llama *elocuencia del silencio*, como cuando uno se acerca á estas grandes cosas del cristianismo.

El silencio de la humildad, de la fé, de la adoración, es el único lenguaje que al hombre le queda para manifestar los sentimientos más hondos.

Callé y adoré en la celda de Santa Teresa; callé y adoré delante de una de sus reliquias más preciosas; pero no recuerdo que mi alma haya sido nunca tan elocuente como cuando esa adoración le imponía silencio.

He admirado la Catedral, una verdadera joya del arte cristiano.

Después del silencio de la fé, las expansiones del arte.

Es que el arte es el desbordamiento, por decirlo así, de la adoración, que rompe al fin las ligaduras del silencio.

El alma creyente tiene diversos grados de sentimiento. Mientras adora, calla; pero cuando vuelve á la vida ordinaria y tiene que pronunciar el *Credo*, aquel torrente contenido en el secreto in-

decible de la adoración, se desparrama por todas las facultades humanas y brota el arte lozano, frondoso, esbelto, como el álamo que crece á orilla de los ríos.

Veo ahí el arte de la Edad Media.

¡Qué bella ojiva á la entrada de la Catedral! ¡Qué severa galería de estatuas bajo el alto roseton de la fachada! ¡Qué gallardas columnas perdidas en los ramajes de la bóveda que recuerdan, según Chateaubriand, las selvas de Alemania! ¡Qué asombrosos relieves del trascoro! ¡Qué maravilla la del tabernáculo del altar mayor, labrado en mármol como el más delicado cincel pudiera labrarlo en yeso, con unas pequeñas é innumerables figuras, cada una de las cuales es una joya!

Nunca he sentido tanto no ser dibujante como en esta ocasión. Pero los lectores de LA ILUSTRACION CATÓLICA tienen derecho á conocer éstas y otras muchas bellezas de España, y esperamos en Dios que no tardarán en admirarlas por medio del grabado.

Ellos pueden ayudar mucho en esta noble empresa. Ayúdenos y formaremos entre todos un verdadero museo de la España cristiana y caballeresca, embellecida por las maravillas del arte.

Era necesario dar hoy remate conveniente á las buenas impresiones recibidas desde ayer, y lo he dado, en efecto.

¡He asistido á una función religiosa celebrada en honor del ínclito Santo Domingo de Guzmán, y los sacerdotes que decían la misa y los que la ayudaban eran frailes dominicos!

Bajo las hermosas vestiduras de los celebrantes, se veía el hábito blanco y el escapulario negro de aquella orden, que ha llenado el mundo de santos y de sabios...

En una ciudad de la Edad Media, bajo un templo construido por el arte cristiano, he oído una misa celebrada por dominicos.

No podía querer más. He dado gracias á Dios, y así como grandes oleadas de esperanza han venido á inundar mi corazón de una felicidad desconocida.

VALENTIN GOMEZ.

Avila 11 de Agosto.

LA EDAD DE PIEDRA

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR MARQUÉS DE CERRALBO
IV

Mi querido amigo: A medida que descendemos en este estudio de las consideraciones generales á la observación de los datos que la laboriosidad y afán investigador de los arqueólogos obtienen, se hace menos peligroso, aunque acaso más árido. En el método inductivo, puede llegar la ciencia que estudia los hechos á las más absurdas opiniones y á las teorías menos probables; pero al discurrir de arriba abajo, preciso es oponer á los fieros de la imaginación, eterna loca de la casa, el frío y tranquilo exámen de los hechos evidentes.

En esta tarea, y cuando se abandonan las pretensiones que todos tenemos de alcanzar las verdades de orden superior, el racional conocimiento de las cosas importa sobremanera para explicarnos su valor é importancia. Mejor que descender á lo profundo de las cavernas, dólmenes, palafitos, etc., pertrechados del embarazoso aparato científico de ciertos escritores, conviene estudiar detenida y concienzudamente, y como si dijéramos, uno á uno, los casi impenetrables misterios que aquellos monumentos mudos guardan acerca de una antigüedad que jamás podremos conocer del todo. La atenta observación de los objetos de la edad de piedra, de los restos de la existencia y actividad del hombre y de los lugares que habitó, consiente, sujeta á cierta medida, la indagación de los distintos y complicados problemas que á tan importante asunto, como es la antigüedad y primeros pasos de nuestro linaje, se refieren, sin que debamos dar crédito alguno á los engañosos cálculos y peligrosas opiniones de los que tratan de ajustar los hechos á sus teorías y propósitos, siquiera aparenten ir dirigidos á un alto fin científico.

Por eso doy, como usted observará, singular importancia á la descripción de los lugares en que

el hombre prehistórico dejó huellas de sus lentos pasos por el camino de la cultura. Yo entiendo que si los afortunados y diligentes descubridores de estas estaciones prehistóricas, se atuvieran más á lo que ven, fueran menores los tropiezos de las ciencias antropológicas, geológicas y arqueológicas. Mas sucede, por desdicha, lo contrario; pues apenas hay averiguador de estas cosas que no se crea obligado á levantar caprichosos sueños sobre un hacha de piedra ó un sencillo dólmen. ¿No fuera mejor aguardar pacientemente á que se asentasen multitud de hechos análogos ó idénticos, que se comparasen á la luz de una crítica racional y comedida, y que se observasen en estos asuntos las exigencias del buen sentido, antes de procederse á fijar las leyes del origen, crecimiento y manera de ser de la especie humana? ¿Acaso la arqueología y las ciencias auxiliares y hermanas de ésta que atrae nuestra atención, tienen un organismo distinto y un privilegio de que no gozan los demás órdenes de conocimientos? En lo que á nosotros toca, así hemos de proceder, y no ha de irnos mal con esa especie de previsora desconfianza con que escuchamos las altas voces de ciertos sabios. (1)

Talleres.—Prosiguiendo el exámen de los lugares en que principalmente se encuentran los vestigios del hombre prehistórico y de sus viviendas, utensilios, etc., conviene decir algo sobre los sitios en que, por la abundancia de objetos de piedra tallados, más ó menos acabadamente, se ve como los talleres de armas y utensilios de la edad de piedra.

A primera vista, y fijando la consideración en el atraso industrial de aquellas gentes, parece claro que cada individuo se dedicaría á procurarse los objetos que para sus necesidades había de emplear, y como el arte de labrar la piedra, sobre todo en el período paleolítico, no revela un adelantamiento extraordinario, casi hay repugnancia en admitir la existencia de semejantes talleres, que demuestran una ocupación continua y quizá exclusiva de algunas personas. Y hé aquí como podemos dejar establecida la existencia de un oficio mecánico en plena barbarie. Porque parece indudable que ciertos grandes depósitos de sílex, diorita y otros minerales que se encuentran en diferentes puntos de Francia, Inglaterra, España, etc., son los restos de una fabricación en grande escala de armas y útiles de piedra. Demuéstranlo, en primer lugar, los numerosos trozos de aquellos minerales en que se ve palpable la acción de la mano del hombre, y en segundo, el encontrarse algunas veces esos talleres muy lejos de las canteras. En ellos se ve desde el núcleo ó riñon de pedernal todavía intacto, hasta los más curiosos útiles, ya del todo prontos á servir para diferentes usos; desde el martillo y el pulimentador del operario, hasta la punta de lanza ó el hacha cortante del valeroso guerrero. A veces se encuentran objetos ya acabados, pero que hizo inútiles acaso el último mal dirigido golpe.

Mas es preciso tener en cuenta que son pocos los objetos de piedra perfectos que se hallan en los talleres, sin duda porque, como hoy sucede, el comercio los distribuía en cuanto dejaban las manos del obrero.

Por lo común, hallanse los talleres al pie de las canteras de que sacaban los primeros materiales. Sin duda no desconocían nuestros antepasados la propiedad que tiene el sílex, como otras piedras, de ofrecer menos dureza cuanto menos tiempo pasa desde su extracción del terreno. (2) Serviríanse de otras piedras talladas en forma de martillo, de cincel, etc., para dar la longitud, anchura, aspecto y corte convenientes á los núcleos de pedernal, diorita, jadeita, etc., que el primer trabajo de la cantera ofrecía, y sólo Dios sabe lo penosas que serían estas labores, y la multitud de piedras que se romperían y trabajarían inútilmente antes de conseguir cualquiera de esos objetos, casi desprecia-

(1) En el delta del Nilo, y á una profundidad verdaderamente notable, se hallaron hace algunos años ciertos restos de la industria del hombre. Pusieron los calculistas á amontonar cifras, y dieron como cosa cierta que aquellas antigüedades tenían unos 15 ó 17.000 años, demos rando que se hallaron bajo una capa de aluvión de unos 70 pies y suponiendo que el delta se eleva cinco pulgadas por siglo. Otro hallazgo de huesos humanos del delta del Mississippi, ha hecho creer á M. Dowler que no baja de 50.000 años la antigüedad de aquellos restos. El gran geólogo inglés Lyell, de reputación universal, no se daba punto de reposo en esto de amontonar cifras.

(2) Memoria de M. Maricourt, publicada en el tomo correspondiente á la sesión XXXIX del Congreso arqueológico de Francia.

bles, que figuran en nuestras colecciones. Me resisto á aceptar la opinion de que con este fin se empleasen martillos de hueso, así porque no es útil su uso, como por no haberse encontrado tales instrumentos en ninguno de los talleres conocidos, al menos que yo sepa. (1)

Los del período neolítico son más dignos de atención, porque ofrecen nuevos datos que corresponden al mayor adelantamiento de esta primitiva industria. Sin contar con los objetos ya perfeccionados que en ellos hay todavía, ó que ha extraído la reciente curiosidad de los hombres, ofrecen numerosos pulimentadores y raspadores en que se afinaba la antigua tosca labor. Eran aquellos instrumentos pedazos de asperon muy compacto, en cuyos huecos, abiertos cuidadosa y adecuadamente, se metía la piedra tallada y que había de pulimentarse; el frotamiento paciente y continuo suavizaba las superficies angulosas y conoides, y les daba esa apariencia agradable que tienen las armas y utensilios del período neolítico. (2)

Causa verdadero asombro el número de objetos de piedra que se conoce. Usted ha tenido la fortuna de ver millares y millares de ellos en los museos de Copenhague, Stockolmo y otros puntos. En la célebre caverna de Bélgica, llamada *Trou de Chaleux*, halló su explorador M. Dupont, más de 30.000 cuchillos. (3) El museo de Copenhague, ya citado, cuenta 12.000 objetos de piedra, y muchos más el de Stockolmo. Y si fijamos además la atención en la inmensa cantidad de materiales contenidos todavía en estos depósitos á que llamamos talleres, menester es suponer, ó que Europa estaba muy poblada, ó que sus primeros habitantes consumían extraordinaria cantidad de objetos de piedra. Esto pudiera originar muchas dudas y llevar nuestra consideración muy lejos, si fuera posible extendernos más en este asunto.

La enumeración minuciosa de los objetos que salieron de estos talleres fuera larga, y no se compagina con el plan estrecho que la índole de este trabajo y las exigencias del periódico imponen. Baste saber que los peritos distinguen, clasifican y describen los cuchillos, raspadores, flechas, lanzas, martillos, discos, punzones, etc., y que según la forma y disposición de los más notables de estos objetos hallados en diferentes puntos, se han clasificado por tipos, como el de Abbeville, la Magdalena, Amiens, etc. Los grabados que publicaremos pueden dar idea de algunos de estos objetos.

Los talleres se encuentran comunemente al aire libre, no en yacimientos ocultos. Indica esto que pertenecen á una época relativamente moderna y adelantada. Al fin, estas son señales ciertas de los cambios lentos, pero sucesivos, que ocasionaron el tránsito del período paleolítico al neolítico. (4)

(1) Opina de distinto modo el abate Chevalier, según puede verse en la sesión XXXVI del Congreso arqueológico de Francia. Por cierto que, tratando dicho señor del taller de Pressigny, necesita combatir la idea extendida por algún enemigo de estas cosas, de que había estado destinado á la fabricación de piedras de fusil. Para negar del todo semejante especie, basta saber que en la construcción de muchas antiguas casas de Pressigny se han empleado los núcleos y piedras labradas del taller prehistórico.

(2) Se han hecho experimentos curiosos sobre la manera de pulimentar las piedras de diferente naturaleza de que se sirvieron los hombres prehistóricos. En la sesión del Congreso arqueológico de Francia antes mencionada, demostró el abate Chevalier prácticamente el procedimiento que se empleaba.

(3) Notas del libro de Büchner, *El hombre según la ciencia*; Montelius, *Antiquités suédoises*; Vilanova y Tubino, *Viaje científico á Dinamarca y Suecia*; Wilde, *Catálogo de las antigüedades del Museo de la Academia Real de Irlanda*, etc., etcétera. Escaseo lo posible las referencias bibliográficas; pero no puedo menos de recomendar en lo que á ellas toca el *Cronicon científico-popular* del señor Huclín, y los dos años últimos de la excelente publicación francesa *Polybiblion*, que figura sobre el bufete de todos los eruditos.

(4) M. Alejandro Bertrand, sábio conservador del Museo de San German, distingue las siguientes innovaciones en la edad neolítica:

- 1.ª Pulimento de la piedra.
- 2.ª Erección de los monumentos megalíticos.
- 3.ª Inhumación de los cadáveres en sepulturas importantes.
- 4.ª Construcción de las habitaciones lacustres ó palafitos.
- 5.ª Educación de los animales domésticos.
- 6.ª Cultivo de los cereales.
- 7.ª Uso de los tejidos de lana, lino, corteza, etc.
- 8.ª Falta de representación escultural de seres animados, al contrario de lo que se conoce de la época de los trogloditas.
- 9.ª Esculturas puramente lineales en los monumentos.

En el Congreso prehistórico de Stockolmo de 1874, la mayor parte de los sábios convinieron en que no se había conocido en Suecia la edad paleolítica, cuya afirmación encierra esta otra: el hombre no ha vivido en Suecia en la época glacial ó diluviana. Los descubrimientos hechos hasta hoy en dicho país, se refieren á la época de la piedra pulimentada. Según Bertrand y otros autores, el hierro no se conoció en los países escandinavos hasta la era de Cristo. *Revue archéologique*, 1875.

Pozos-sepulturas.—A semejanza del minero que busca con ahinco el soñado filon de que se propone arrancar un porvenir dichoso, con desinterésado afán remueve la tierra el arqueólogo alentado por la esperanza nobilísima de aclarar algunos de los misterios de la antigüedad prehistórica. Y así como los esfuerzos del buscador de riquezas materiales suelen merecer algunas veces el codiciado premio, también los afanes y desvelos del hombre de ciencia encuentran á la postre satisfacción y lauros.

El descubrimiento y estudio de estos singulares monumentos, sólo cuenta unos veinte años de fecha. El abate Baudry, en un lugar de la Vendée, y M. Dufaur de Pibrac, fueron los primeros que conocieron é investigaron el valor arqueológico de unos pozos abiertos por la mano del hombre y llenos de tierra, piedras, trozos de vasijas, restos de animales de varia especie, etc. En una época en que se han estudiado tanto los kiokemodinos, no podía despreciarse semejante descubrimiento, que llegó á tenerse en mucha estima cuando se observó el hecho repetido de que en el fondo de estas concavidades se contenía una urna cineraria, armas de piedra y bronce y otros curiosos objetos. A veces se encontraban en un mismo paraje varios de estos pozos, y todos llenos de los materiales expresados.

Surgieron al punto las dudas sobre su importancia y antigüedad. Díjose que no se debían á la industria del hombre, sino que eran aberturas y concavidades naturales del suelo, que por caso fortuito se habían rellenado de cualquier manera y sin intención alguna. (1) Añadióse por otros escritores más benévolos que pertenecían á la época gala y á la romana. Pero la multitud de hallazgos semejantes á los del abate Baudry, el atento examen de ellos, la naturaleza del terreno en que se abrieron y su contenido, desvanecieron muchas dudas infundadas.

En efecto, algunos de estos pozos, que alcanzan diferentes profundidades (de uno á trece metros), se encuentran revestidos de piedras, cerrados con una especie de cúpula, ó abiertos con arreglo á formas geométricas. No es esto único lo que conviene conocer, pues es notable también el hecho de que varias de estas sepulturas se hallan rellenas cuidadosamente por medio de distintas capas, ya compuestas de diferentes materiales, ya separadas por hiladas de piedras. En el fondo se encuentra casi siempre una vasija cineraria cubierta con una tosca piedra y acaso resguardada dentro de una especie de celdilla formada por cantos ó tejas. En el resto del pozo hay, mezclados con tierra, trozos de miserable cerámica, huesos de animales, piedras y utensilios.

Sospéchase vivamente, como hemos dicho, que las vasijas del fondo fueran verdaderas urnas cinerarias, lo que, de ser acertada la sospecha, demostraría que estas obras tienen menor antigüedad que los túmulos, y que podrían atribuirse á una época de transición, puesto que los túmulos celtas contienen por lo comun cadáveres no quemados. Es de notar que en algunos de ellos se ha encontrado como plantado un arbusto, cuyas raíces tocaban en el fondo.

La disposición de los pozos es muy distinta; unas veces tienen forma cilíndrica prolongada; otras semejan una ánfora romana; otras tienen el orificio más estrecho ó más ancho que la base; en ocasiones, más parecen la vaina de una espada gigantesca que otra cosa. Uno se ha descubierto en que el eje sufre una especie de desviación palpable. En muchos se encuentran medio quemados huesos humanos.

Descartadas las dudas de los geólogos, surgie-

(1) Hablando en plata, me parece insostenible opinion semejante, y apenas se comprende que quienes han visto los pozos ó han leído su descripción y la de los objetos que contienen, pueden atribuir á la casualidad ó á la naturaleza la formación de estas sepulturas. En la de Trousepoil (Vendée), en que se halló sepultado un arbusto, estaba éste dispuesto de manera que el extremo retorcido de su tronco tapase cuidadosamente la boca del vaso del fondo. La conformidad de caracteres de los pozos, y sobre todo el hallarse revestidos algunos de ellos de piedras, ladrillos, etc., hace inútil toda discusión sobre el asunto. No es esto decir que los hombres no se hayan aprovechado algunas veces de pozos y aberturas naturales para arrojar allí huesos, armas, piedras, vasijas, etcétera; pero destruye esto la creencia en un sistema especial de sepulturas, de que es evidente demostración el gran número de pozos que ya se conocen? (Memoria presentada al Congreso arqueológico de Francia en 1872 por M. A. Dureau.)

ron las relativas á la antigüedad de los pozos-sepulturas. M. Baudry, que ha escrito sobre ellos varias notabilísimas Memorias, procediendo cautamente y sin dejarse llevar del entusiasmo que tienen todos los descubridores, cree que corresponden á la época galo-romana, fundándose en la multitud de objetos de la misma que suelen contener. Pero como los Sres. Burgeois, Joliet, el sábio Rochambeau y otros han descubierto en tales monumentos hachas, flechas y utensilios de sílex tallados, menester es pensar en más lejanos tiempos y atribuir á la edad de piedra el origen de los pozos-sepulturas, aunque después hayan sido usados también por los galos y romanos. Lo cierto es que ofrecen un carácter arqueológico indudable, y que merecen ser detenida y cuidadosamente estudiados. (1) Acaso en la opinion contraria á su antigüedad antehistórica ha influido el conocimiento de otros monumentos parecidos que se encuentran en algunos puntos de Italia, singularmente en Poggio Renzo. Estos consisten en unos huecos pequeños abiertos en la tierra, revestidos de obras de más ó menos perfecta mampostería, y que guardan urnas cinerarias; pero pertenecen á la época de los metales, según demuestran los objetos encontrados. Algunos arqueólogos de Italia que han escrito sobre ellos, presumen que corresponden á los albores de la civilización etrusca. De todos modos, alguna relación guardan con los pozos-sepulturas á que me refiero, aunque no sea posible por ahora señalar claramente las conexiones históricas y etnográficas que puede haber entre unos y otros. (2)

Dejando á un lado la descripción de los *cránogés* irlandeses y de las *terramaras* italianas, entraremos desde el próximo número en el estudio de los monumentos megalíticos, los más conocidos é interesantes de la edad prehistórica. (3)

Guarde á usted Dios, como desea su amigo

JUAN CATALINA GARCÍA.

MAGDALENA

ODA

(A MI QUERIDO AMIGO EL MARQUÉS DE MONASTERIO)

Túrbios los ojos bellos,
Mústio el semblante que envidió la aurora;
Tendidos los cabellos,
La hermosa pecadora
A los piés de Jesús contrita llora:

Con lágrimas los lava,
Con oro de su frente los enjuga,
Con mil besos los graba,
Que tanto la subyuga
La viva pena, que su rostro arruga.

Sobre ellos, amorosa
El bálsamo purísimo derrama;
Besándolos llorosa
Prosigue, y más se inflama
En sacro amor, y sollozando exclama:

(1) En esto de sepulturas hay que distinguir las diferentes clases que la antigüedad nos ha dejado. M. Desor, en un interesante trabajo que publicó en la *Revue archéologique* en 1876, describe un monumento fúnebre que no puede confundirse con estos de que tratamos, ni con los túmulos. Frente á una de las estaciones lacustres del lago de Neuchâtel (Suiza), se hallaron unos obreros un sepulcro formado de grandes losas, que contenía bastantes huesos y cráneos humanos. Era un verdadero monumento megalítico, una especie de túmulo, aunque poco caracterizado. En él había también dos hachas de serpentina del período neolítico, objetos de bronce y ámbar, y de época relativamente adelantada.

M. Desor supone que aquella tumba pertenecía á los palafitos de enfrente, fundándose: Primero, en la posible inclinación de los hombres de los lagos á no sepultar en el fondo de estos, sino en tierra, los restos de algunos de sus personajes. Segundo, en la proximidad de la tumba á la población lacustre. Tercero, en la semejanza de los cráneos de la tumba y de los extraídos del lago, pues unos y otros tienen la misma forma anatómica, deprimida y estrecha, frente baja, y la extraordinaria curvatura de los parietales, advertida ya por los Sres. Rutimeyer é His en su *Cronología helvética*.

(2) Estas sepulturas han sido muy estudiadas por los sábios italianos. En la *Revue archéologique* ha publicado M. Alejandro Bertrand un curioso estudio sobre los de Poggio Renzo, que merece ser conocido.

(3) Quien tuviere tiempo y gusto de dedicarse al conocimiento de las *terramaras*, puede consultar, entre otros, estos libros: *Relazione sugli terramara del Montale*, por Bonizzi; Liroy, *La abitazioni lacustri*; Pigorini, *Terramara dell'epoca del bronzo in Montepelato*, y las publicaciones y relaciones de congresos y academias arqueológicas de Bolonia, Roma, etc.

«¡Señor!... Yo soy aquella
Mujer en el pecado entretenida;
La castellana bella
De juventud perdida,
De turbulenta y licenciosa vida.

»Yo contenta jugaba,
Yo reía feliz, danzaba loca,
Y entre placer pasaba,
Con pesadumbre poca,
La vida ruin que mi dolor provoca.

»Bullas, bailes y fiestas
Mi vida hicieron, mi placer, mi encanto,
Y músicas y orquestas,
Y vino y juego y cuanto
Ahuyentar pudo el tedio y el quebranto.

»Rica, joven, hermosa,
Dormida entre mortales ilusiones
El alma perezosa,
Fueron mis ambiciones
Rendir enamorados corazones...

»Mas ya vengo doliente
Tu perdón á buscar; ve las señales
Del dolor en mi frente;
Ve los turbios raudales
Que ha de borrar mis vergonzosos males

»Que el soplo de tu gracia
Me visitó, Señor, tan fuerte y vivo,
Que apagó su eficacia
Todo el amor lascivo
De que antes fué mi corazón cautivo.

»...Salí curiosa y vana,
Con mi lujo y mis bellas liviandades,
A verte una mañana,
Cerca de las ciudades
De la orilla del mar de Tiberiades.

»Y á la sombra de un tilo,
La verdad á las turbas enseñando,
Te ví manso y tranquilo,
Que en movimiento blando
Fuiste tus ojos hácia mí tornando.

»¡Ah! Nunca otro semblante
Ví jamás en el mundo tan hermoso,
«Qué apuesto y fino amante,
»—Dije—qué bello esposo
»Para dar á mi espíritu reposo!»

»¡Ah! que tu mansedumbre
Mi orgullo hirió; dejéme fascinada
De tus ojos la lumbre,
Con aquella mirada
De reprensión y amor, dulce y airada.

»Yo leía en tus ojos
Tu fiel solicitud por mi destierro,
Tu amor y tus enojos...
¿Qué tienen de divino
Que así atajaron mi fatal camino.

»Tu enamorado acento
Dulcemente mi pecho estremecía;
Y un puro sentimiento
Que yo conocía,
Pacífico en mi ser se difundía.

»—«Venid á mí los tristes:
»Yo del mejor placer tengo la llave,
—Junto á Nain digistes—
»Pues mi yugo es suave,
»Y el peso de mi ley no es peso grave.

»Venid los agobiados
»De culpas y miserias y dolores:
»No llevan mis cuidados
»Los justos y mejores,
»Que he venido á salvar los pecadores.

»Espinosa es la senda
»Del cielo: el alma de mi ley amiga
»Que allá subir pretenda,

»Que á su amor contradiga,
»Y que tome su cruz, y que me siga.

»Luche, cual yo valiente
»Contra los gustos de la carne lucho,
»Y no se desaliente,
»Que yo su afán escucho,
»Y la llevo su cruz si pesa mucho.

»Soy pastor que á la oveja,
»Que por entre zarzales fugitiva
»Del rebaño se aleja,
»Y mi cariño esquivo,
»La vuelvo en hombros donde madre y viva.

»Soy todo amor... El fuego
De amor vine á extender por donde quiera:
Mi vida toda entrego,
Y el alma doy entera,
Por mi pueblo infeliz, por que no muera...

¡Cerca miró su hechizo,
Pero siempre en el aire se deshizo!

»¡Por eso yo buscaba
Tranquilo gozo en la brillante orgía
Que mi pecho encantaba,
Y cada vez salía
Con más hambre en el ánima vacía...!

»¡Por eso las caricias
De mis innumerables cortesanos
Dábanme por delicias
Largos insomnios vanos,
Con los tormentos del amor tiranos!...

»...Aquí tienes ahora
Un corazón gastado en ofenderte,
Que sus crímenes llora...
¡Señor!... sobre esta inerte
Masa de lodo tu piedad convierte.

»Mira ya derribada
Mi soberbia á tus pies: héme sentida
Oveja descarriada,
Por tu voz detenida,
Entre las breñas sin piedad herida.

»Ya nada hay que rehuya
De pena y de dolor por agradarte:
Mi voluntad, la tuya;
Mi ventura, adorarte;
Mi sed, vivir tan solo para amarte...

»¡Y con qué amor!... Entero
Mi ser abrasa, mis entrañas llena,
Suave y placentero,
Mi espíritu enagena,
Y mis viejos instintos encadena.

»...Ya rompo las livianas
Galas del mundo, y á tus pies las huello:
Ya arrojo y piso vanas
Las perlas de mi cuello,
Las flores que adornaban mi cabello.

»Ya á nada más aspiro
Que de tu amor á la brillante palma:
Pues por tu amor suspiro,
Tú mis zozobras calma;
Y pues lavo tus pies, lava mi alma.

»¡Perdon!... ¡Perdon!... Me pesa
Tanto ya mi maldad, que no resisto...
Y ardiente abraza y besa
Con afán nunca visto,
Con creciente fervor, los pies de Cristo.

Sigue á sus pies postrada,
Sigue corriendo el llanto que los moja;
Y sigue la acerada

Pena que la sonrosa,
Y de amor la finísima congoja.

Hasta que, vuelto á ella
Jesus, la dice con amante tono
Que su esperanza sella:
—«Yo tu dolor abono:
Véte ya en paz, mujer; yo te perdono.»

1870.

ANTONIO DE VALBUENA.

LA MADRE POLÍTICA

I

Allá abajo, detrás de esa cortina de álamos, en aquella explanada que se estiende á orillas del río que cauz la ciudad, ¿no veis una elegante casita que casi tiene honores de palacio?

Allí vive Isabel, que acaba de cumplir veinte años.

Dios, que todo lo ve, no ve acaso nada más bello sobre la tierra que el corazón de Isabel. La vista de un alma tan hermosa es un espectáculo que regocija á los ángeles y al mismo Dios.

Sin embargo de lo cual, no parece que Isabel



D. HILARION ESLAVA

«Y arriba en la montaña,
Mientras el bello sol de Galilea
Tu hermosa frente baña,
Predicas á la hebrea
Muchedumbre que atenta te rodea:

»—«Dichosos los que el duro
»Vil aguijón de la riqueza ignoran;
»Dichosos los que puro,
»Dulce y limpio atesoran
»El corazón: dichosos los que lloran.»

»Y yo, infeliz, ponía
En reír y gozar toda esperanza!
¡Y del deleite hacía
Que aquí abajo se alcanza
Término de mi dicha y mi bonanza!

»Y yo, con vivo anhelo
Buscando ansiosa del amor la fuente,
Hallé turbio arroyuelo,
Y quería demente
Saciar allí mi corazón ardiente!

»¡Por eso el alma nécia
Nunca el deseo hermoso satisfizo
De su porfía nécia!

sufra ninguna mortificación. Diríase que ha recibido en herencia todos los dones más preciados de la vida. Es bella, rica y noble. Su padre ha sido ministro, y se dice que ella está prometida á un duque ó á un senador por derecho propio.

¿Por qué Dios ama tanto á Isabel, si es tan dichosa en este mundo, Él que reserva sus más ex-

traordinarias ternuras á quien sufre los más extraordinarios dolores?

Por que Isabel no tiene sino las apariencias de la dicha. Conozcamos el fruto de esta alma generosa.

Tres años há que perdió á su madre y aún no ha cesado de llevar el luto en su traje y en su co-

razon. Su padre no ha querido prolongar tanto su tristeza, y á vuelto á casarse. Una extraña se ha instalado, pues, desde hace un año en esta casa donde Isabel cree oír siempre los pasos y ver las sonrisas de su madre.

Esta mujer extraña, que ha venido como á profanar el santuario de la madre, no es ¡ay! cristia-

MISIONES CATÓLICAS



ORILLAS DEL LAGO TANGANICA

na. Isabel tiene, en fin, una madrastra en toda la extension de la palabra.

¿Comenzarais á adivinar por qué Dios ama con especial cariño á Isabel?

II

Isabel es piadosa desde niña. Era la sirvienta de su madre, como su madre era la sirvienta de los pobres.

Casi no se las veía en ninguna parte más que en

la Iglesia: ni aún en casa de los pobres, porque su caridad sabia ocultarse á las miradas del mundo.

Después de la muerte de su madre, su padre, gran político que andaba muy á vueltas con los destinos del mundo y muy poco con los de su casa, toleró la devoción y la caridad de su hija que, por otra parte, desdénaba profundamente, porque no las comprendía.

¡Cuando digo que era un gran político!

Pero pronto llegó la nueva esposa, gran señora, medio filósofa, lectora asidua y entusiasta de Jorge Sand y de los folletines de *La Correspondencia*, y que, por añadidura, se ocupaba en escribir sus impresiones de viaje.

Nadie ignoraba que ella tenía por principio invariable no ir á misa más que dos veces al año: el domingo de Pascua de Resurrección y el día de Difuntos.

Ayuntamiento de Madrid

En cuanto á los pobres, tratábalos de «holgazanes que pueden ganar su vida trabajando,» y de aquí partía para no darles nada, ni aún trabajo. Pero no sé: ella soñaba con la reforma del mundo social, y hasta se había permitido trazar el plan de esa reforma.

Isabel resolvió someterse á esta nueva autoridad que Dios le imponía, pero resolvió al mismo tiempo poner su fé al abrigo de todas las persecuciones que entreveía en el porvenir.

Razon tenía para temer la pobre niña, porque desde aquel mismo instante comenzó á ser duramente perseguida, y mucho más amada de Dios por eso mismo.

Tenía belleza, juventud y piedad. Su madrastra, celosa de ver estas tres coronas brillar sobre otra frente que no era la suya, se propuso arrancarle por lo menos la última, para lo cual, viendo que era ineficaz la seducción, empleó la fuerza.

Prohibió á Isabel visitar á los pobres, so pretexto de que estas visitas podían comprometer su reputación.

Prohibióle ir á misa todos los días, permitiéndoselo únicamente los domingos, como una gran muestra de generosidad.

Isabel, por medio de una de sus amigas, daba á los pobres lo que por sí misma no podía llevarles; y todas las mañanas oía mentalmente la misa desde su cuarto, cuidando de arrodillarse cuando la campana de la vecina iglesia anunciaba el momento solemne de la elevación.

La persecución se hizo más ruda. En los días de abstinencia, la mesa se cubría con los más exquisitos manjares prohibidos por la Iglesia. Isabel sonreía modestamente y comía pan y frutas. Se la obligó á ir á los bailes, y fué muy honestamente vestida y bailó lo menos que pudo.

No había puesto jamás los pies en un teatro; pero su madre política, un día, fingiendo que la llevaba á paseo, la hizo entrar en uno de los teatros más hediondos, que ella había escogido de intento. Isabel ocupó la localidad sin decir una palabra. Sus ojos, sin embargo, no se fijaron una sola vez en la escena, y á fin de no oír tampoco lo que allí se decía, se estuvo rezando por la salvación de su madrastra. Esta lo observó todo, y su furor no tuvo límites.

Desde entonces, Isabel fué mártir más que nunca; verdaderamente mártir. Su mismo padre la abandonaba con estúpida crueldad á su implacable enemiga.

¿Vais comprendiendo por qué Dios amaba tanto á la pobre Isabel?

III

Así vivió dos años, despreciada, maltratada, privada de sus más dulces consolaciones. Faltábale á un tiempo todo lo que más amaba en este mundo. Le quedaba, como lenitivo, la esperanza en la misericordia de Dios.

Iba desmereciendo de día en día. Habíanse marchitado sus hermosos colores, la frescura de su juventud y el brillo de su belleza. La única corona que le quedaba, era precisamente la que sus perseguidores querían arrancarle, es decir, la corona de su celeste caridad, de su fé, de su piedad profunda.

Varias veces se había arrojado á los pies de su padre, suplicándole que la permitiese entrar en las Hermanitas de los Pobres, como era de antiguo su deseo, aprobado en otro tiempo por su madre.

Su padre la rechazó con indignación, y su madrastra, al saberlo, se burló de ella, poniendo en ridículo su proyecto.

Isabel callaba, y, siguiendo su costumbre, sonreía con dulzura.

Todo esto era completamente desconocido para el mundo, y de aquí que se citase á la familia de Isabel como un modelo de feliz y recíproca afectación.

No pasaba día en que no se dijese á Isabel: «Debe usted echar poco de menos á su madre desde que tiene usted otra tan buena.»

¿Cómo suele engañarse el pobre mundo, que tan de sabio y perspicaz se jacta!

IV

Pero un huésped que no se esperaba en esta mansión de la riqueza, vino un día á llamar á la puerta: la desgracia. La cual, como casi siempre,

vino acompañada de la gracia; pero ésta, como siempre, no se vió hasta más adelante.

El antiguo ministro fué envuelto en un asunto comprometido de política, en una conspiración, para hablar más claro, y dió con sus huesos en un encierro.

Todos los amigos desertaron inmediatamente de su casa, y su mujer se encontró sola.

Esto suele verse con mucha frecuencia.

Pero como nunca un mal viene solo, resultó que el cólera, desarrollado en la población, se metió puertas adentro de aquella casa, ya castigada por otras calamidades.

La madrastra de Isabel cayó enferma: los médicos, llamados en el acto para asistirle, declararon que no tenía remedio, y huyeron.

Isabel no se movió.

Instalada en la cabecera de la cama, quiso hacer su aprendizaje de hermana de la caridad. Durante tres días con tres noches, allí permaneció fija, inmóvil, velando á aquella enemiga declarada de su alma, como había velado á su propia madre.

¡Y la salvó!... ¡Ella que no había podido salvar á su madre!

¿Por qué esta diferencia? ¡Ah! Dios se había apresurado á recibir en el cielo al alma hermosa y pura, al alma cristiana; pero antes de descargar el golpe sobre el alma incrédula, quería dejarle tiempo de reconocerse.

¡Cuán grande es la misericordia de Dios!

V

Cuando el delirio cesó de agitar el cuerpo de la enferma; cuando la inteligencia volvió á funcionar regularmente, su primera mirada fué para aquella que sola y abandonada de todos había luchado contra un mal aterrador y contagioso, sin temer nada, con su rosario en la mano, con su Divino Jesús en el corazón.

La enferma lo comprendió todo con asombrosa lucidez, y aprovechándose violentamente del rosario, le llevó con ansia á los labios y lo besó mil veces, exclamando: «¡Creo!» y abriendo febrilmente sus brazos, añadió: «¡Isabel, te amo; tú eres mi hija!»

En aquel instante entró el padre: «Hija mía, dijo, á tí, á tus cartas eficaces, á la influencia de tu virtud debo mi libertad. Ven á mis brazos.»

E Isabel pasó desde los brazos de su madre á los de su padre, derramando todos ellos lágrimas de alegría, de consuelo, de arrepentimiento, y de esperanza.

Y algunos días después, el padre, la madre y la hija, unidos con el lazo de un mismo sentimiento, recibían al pie de los altares el pan de los fuertes.

EL MARQUÉS DEL HENAR.

EL CASTILLO DE TERCIOPELO

NOVELA

DE PAUL FÉVAL

TRADUCIDA POR

BALBINA DE ANTÚNEZ

(Continuación)

Eran unos veinte.

Habían sido mil, allá cuando Lacuzan, que hacía la guerra á los turcos con el beneplácito del rey, los había alistado para la Sérvia á su costa, los había armado y equipado y los instruía y los mandaba.

¡Un militar de salón!

Había escogido uno á uno sus mil dragones entre los hijos batalladores de la Hungría. Ellos eran sus rudos camaradas. En el sitio de Orsoba los puso á prueba. Los imperiales, que huían, le dejaron enteramente solo á retaguardia. Lacuzan se sostuvo tres días y tres noches á la cabeza del puente fortificado de Arzew, para cubrir la retirada de los imperiales. Al cuarto día se retiró. Los dragones de Lacuzan habían minado el puente; la vanguardia turca voló al querer pasarle.

¡Un militar de salón!

Cuando los turcos vinieron sobre Belgrado, Lacuzan se quedó fuera de la ciudad con sus dragones; se replegó contra el Danubio é hizo la guerra á su manera.

Veíase con frecuencia acometido por los espahis y los genizaros en gran número; pero Lacuzan no economizaba sus dragones.

Un día en que la fuerza de su mando estaba ya reducida á la mitad, fué atacado por un cuerpo de ejército. Los dragones se batieron admirablemente, y Lacuzan también. A fuerza de luchar, llegaron á ganar una de las entradas de Belgrado, y Lacuzan pidió auxilio para los pobres soldados muertos de fatiga. Los imperiales eran tan prudentes, que se hicieron los sordos, y la puerta permaneció cerrada.

Entonces Lacuzan levantó por encima de la cabeza de todos su sable, y exclamó:

—¡Hijos míos! vamos á lavarnos al Danubio.

Para llegar al Danubio había que atravesar todas las líneas enemigas. Lacuzan tenía entonces unos diez y ocho á veinte años. Apretó las espuelas contra los hijares de su caballo, que salió escapado. Los dragones le siguieron. Ellos y su jefe volvieron á hacer de las suyas, y el camino que se abrieron á través de las filas de los turcos quedó señalado por una larga línea de cadáveres.

Pero estaban ya desfallecidos, después de tanto tiempo como hacían que peleaban sin descanso.

Cuando Lacuzan llegó á la orilla del río, no vió á su lado sino unos cincuenta ginetes. Era todo lo que quedaba de su caballería, y todavía estaban rodeados de enemigos.

No, por cierto; el conde de Lacuzan no era un militar de salón.

Cargó á sus enemigos él solo, libertó á sus soldados, á quienes su aspecto reanimaba, y en seguida todos se lanzaron con sus caballos al río; al rey de los ríos.

Cuando llegaron á la otra orilla, eran veintiuno. Lacuzan los restituyó á Francia. Decíase en el regimiento, que si el conde Enrique hubiera dicho á sus veinte dragones, á los dragones de Lacuzan, que fueran á buscar la luna, hubieran probado á traérsela.

Ahora que ya hemos pintado al conde de Lacuzan al pastel y á la pluma, quizás el lector se maravillará menos de que tenga tantos enemigos.

Los hombres como Lacuzan gustan y disgustan demasiado, y esta es su desgracia, porque gustar y disgustar, en este caso es todo uno. Lo mismo se puede ser detestado por amor que por aborrecimiento.

Lo gracioso es que la reunión de todas estas enemistades dá por resultado el estar en boga. La gloria de un hombre se mide exactamente por el número de enemigos que tiene. El que tuviera por enemigos ó por émulos á todos los habitantes del globo terráqueo, brillaría como el sol.

Entre los enemigos de Lacuzan no hemos contado á Pichenet, el esclavo de Malbrouk.

¡Ave María Purísima! ¡Hablar de este pobre muchacho á propósito de Lacuzan! ¡Qué idea! Amigo ó enemigo ¿qué importa? ¿Qué le hace al león el odio del mosquito?

No hemos contado á Pichenet entre los enemigos de Lacuzan, y hemos hecho bien. No había más sino que Pichenet sabía que el conde de Lacuzan pretendía la mano de María, porque sabía siempre todo lo concerniente á María.

Ahora, en cuanto á la cuestión de si María de Noyal prefería ó no á Lacuzan á sus otros adoradores, Pichenet dudaba, pero se lo temía mucho. ¡Le encontraba tan hermoso!

Y sin embargo, no le odiaba. Todo lo contrario.

En aquel cuerpo débil había un alma excelente. Pichenet había oído á Malbrouk contar enfurecido su encuentro con Lacuzan en el camino del Grail. Pichenet sabía, como todo el mundo, lo que Lacuzan hacía por los atacados de la viruela maligna, y no se cuidaba de decir como los demás: ¡bruja!

Pero cuando veía pasar á Lacuzan tan brillante y ostentoso, se le oprimía el corazón. Volvía entonces á sus libros y se entregaba al estudio con violencia.

Otras veces se arrodillaba delante de su madre, y la besaba las dos manos, diciéndola:

—¡Hay hijos que aman algo en el mundo más que á su madre!

Algunos días después de concluido el famoso retrato al pastel, fué cuando tuvo lugar el festinado por el señor marqués de Noyal, con motivo de la clausura de las Cortes de Bretaña. El mar-

qués era un hombre espléndido, pero que quería saber con exactitud, por francos, por suses y por céntimos lo que le costaba su magnificencia. Esto es harto menos raro de lo que se cree. Conozco yo marqueses deslumbrantes, que regatean y obtienen considerables rebajas. No les censuro por ello.

La fiesta del 3 de Junio de 1794 había sido anunciada con muchos días de anticipación. Todo Rennes estaba convidado. Todo Rennes y toda la Bretaña. El marqués tenía que estar á la altura de su fama. Así es que desde la mañana estaba en pie, recorriendo su palacio y sus jardines, para ver hasta qué punto se había hecho de todo ello un paraiso.

Iba y venia, se fatigaba, meneaba la cabeza ó se frotaba las manos, refunfuñaba, criticaba y molestaba á todo el mundo. Jamás general alguno en el momento de dar una batalla, estuvo más ocupado que el marqués de Noyal en los preparativos de su fiesta. A los criados y á los artistas encargados del decorado, les volvía locos; y si en definitiva todo salió bien, no fué porque él no hiciera lo posible para que sucediera lo contrario.

La comida estaba anunciada para la una. A eso de las once Blanca bajó al jardín según su costumbre. Estaba ya arreglada, y estaba hermosa como un ángel.

Cuando se acercó al marqués, saltando y corriendo, el marqués, por costumbre, la abrió sus brazos con ternura, porque el marqués amaba á sus hijas entrañablemente. Pero luego se acordó de que no tenía aquel día ni un segundo que conceder á debilidades del amor paternal.

—¡No tengo tiempo, niña, no tengo tiempo!— exclamó, haciendo ademán de enjugarse el sudor de la frente.—¡Ah! ¡Ahí es nada lo que traigo entre manos! ¡Saldré airoso, espero que saldré airoso, pero sin que me cueste trabajo!

Blanca le abrazó mal de su grado.

—¡Tú ya estás arreglada!—la dijo el marqués, echándose al mismo tiempo una mirada triste sobre su bata de ramos.—¡Dichosa tú! Anda, niña, anda á divertirme... y no me robes el tiempo de esa manera.

Blanca bajó por los patios alfombrados de flores nuevas, y se dirigió hacia los emparrados. Apenas había desaparecido entre el follaje, cuando el conde Enrique de Lacuzan apareció en lo alto de la escalinata del palacio.

El marqués miró una vez más á su bata con ramos, é hizo una mueca espantosa.

¡Oh, caramba, exclamó para sus adentros; este Lacuzan se hace verdaderamente pesado! ¿Está bueno llegar á esta hora para sorprender á la gente?

—¡Hola! buenos días, conde,—añadió en voz alta:—¡sois bien amable en venir tan temprano! Me encontráis cuando estaba echando una ojeada, pues quise ver un poco por mí mismo...

—Todo está encantador,—dijo Lacuzan.

—¡Oh, amigo mío,—le interrumpió el marqués con orgullosa modestia,—el hotelito de Noyal no es el Louvre; y en mi pobre jardín no estamos en Versalles! Cada uno da lo que tiene.

—¡Encantador!—repitió Lacuzan que había echado una mirada distraída sobre los preparativos de la fiesta.

—¿Lo encontráis regular? ¡Vamos, tanto mejor! Lo cierto es que si yo no hubiera estado en todo, nada hubiera salido bien.

Y diciendo esto, sacó su reloj.

—Pero, marqués, que no os esté yo incomodando en lo más mínimo,—se apresuró á decirle Lacuzan;—yo me he creído amigo de bastante confianza para adelantar la hora.

El marqués interrumpió á Lacuzan con un caluroso apretón de manos.

—A todas horas, en todos sitios soy todo vuestro,—exclamó;—pero francamente, si me atreviera á dejaros solo...

—Si no me dejáis solo al momento, me marchó.

—Lo siento mucho. María está vistiéndose, y Dios sabe cuándo concluirá su tocado... No hay por ahí nadie más que Blanquita...

—¿Y me compadeceis?—dijo el conde riéndose;—¿no sabéis que Blanca es mi mejor amiga?

—Es verdad, Lacuzan, es verdad; ahí está sinó el retrato... Y á fé mía,—añadió el marqués con mucha gracia,—que si tuviera ella tres ó cuatro años más, os pediría una explicación, señor conde.

—Y podeis estar seguro, señor marqués,—repli-

có Lacuzan con un tono un poco más formal del que parecían exigir las circunstancias,—podeis estar seguro de que la explicación no se haría esperar.

El señor marqués de Noyal le miró con cierto asombro.

Lacuzan volvió á su anterior sonrisa.

—No teneis ya más que una hora, marqués,—le dijo;—andad á prisa, si no queréis recibir á las señoras en bata.

El marqués se marchó corriendo como un gamo, y se puso en manos de su ayuda de cámara. Pero las últimas palabras de Lacuzan le quedaron sonando en los oídos. Y mientras se hacía abrochar sobre la media de seda el calzon de satén, se decía:

—¡La explicación no se haría esperar! ¡Y lo dijo con un tono ese diablo de ese conde! Mas, después de todo, no habría que esperar más que tres ó cuatro años.

El ayuda de cámara le abotonaba la chupa flameante, que dejaba ver los rizados preciosos de la pechera.

(Se continuará.)

EL ARPA

.....
«Cuánta nota dormía en sus cuerdas,
Como el pájaro duerme en las ramas
Esperando la mano de nieve
Que sabe arrancarla!»

(Becquer.)

Reina de la música; alma de la armonía; encanto del oído; simil del génio; preludio portentoso de belleza; sublime y misteriosa voz á cuyos irresistibles ecos despierta el sentimiento; todos los instrumentos musicales te rinden veneración y culto, todos se postran humillados ante tu divina grandeza, todos conocen los milagros de que eres capaz, admiran tu egregio linaje, saben tu gloriosa historia, y convencidos de que al enaltecerse ensalzan al divino arte de que son expresión fidelísima, te aclaman y saludan como al génio mágico de la música que ha logrado hacer de la plegaria una epopeya de lágrimas, cuyos cantos se oyen en el cielo.

¡Sólo Dios sabe cuánta sublimidad encierras en tu seno; sólo Él es capaz de otorgar á tus virtudes el premio merecido! Tú eres la amiga inseparable de aquel rey de los judíos tan favorecido de Dios como olvidado de sus beneficios, que en la hora del arrepentimiento quizá no hubiera percibido tan bellamente las dulzuras del perdón de no ser tú la mensajera de sus poéticas lamentaciones; tú, la que semejas angelicales melodías y trinos de ruiseñor; tú, la escala de áureas cuerdas que encierran un mundo de belleza; tú, la compañera eterna de la mujer judía; tú, en fin, el instrumento más hermoso, más dulce, más tristemente poético y más imperioso de cuantos el arte emplea en su servicio, tuviste por patria un pueblo que pagó su criminal error con el destierro, y emigraste; hoy ese pueblo no tiene patria; tú, como el arte, tienes por patria el mundo.

Cuando asistimos á un concierto y empieza la ejecución de una de esas obras maravillosas que han arrojado al mundo desde la altura de su génio esos gigantes del arte que se llaman Mozart, Beethoven, Haydn y Mendelssohn, la orquesta toda se pone en conmoción, como las abejas de una colmena. Allí todos los instrumentos se afanan en procurar que el conjunto resulte armonioso y perfecto, pero no obstante, diríase que lucha cada cual por hacerse oír más que los otros y lograr en premio un aplauso. Los violines gimen acompasadamente bajo sus arcos, dejando percibir vibraciones delicadas que conmueven lo más profundo de nuestro ser y hacen asomar lágrimas á nuestros ojos; la flauta, eco fiel de la melancolía y de los sencillos amores, nos impresiona con la dulzura de su voz; los instrumentos de metal, con sus notas que tanto imitan el rugido de las pasiones, nos animan á las grandes empresas infundiéndonos valor y entusiasmo; mas nadie logra la victoria.

Aquella es una revolución de belleza, y una especie de anarquía ordenada por la indiscutible batuta. Pero habla el arpa, abandona el triste silencio en que sus recuerdos teníanla sumida, y la or-

questa enmudece; sólo se oye entonar aquella prodigiosa escala que una mano de nieve arranca de las cuerdas del arpa como se arrancan las hojas de una flor. En aquel momento todo lo domina; el público oye tus suspiros con religiosa atención; el violín y la flauta callan, avergonzadas de que pueda creérseles rivales tuyos, y todas las almas, seducidas por tu irresistible elocuencia, sienten deseos de amar á Dios.

Mezclados en fraternal consorcio con las notas del arpa, llegaron á los oídos del Sér Supremo estos lamentos y estas alabanzas de David.

«No hay santidad en mi carne á causa de tu ira, ni hay paz en mis huesos á causa de mi pecado.

Mis amigos y mis compañeros se quitaron delante de mi plaga, y mis cercanos se pusieron lejos.

Y los que buscaban mi alma armaron lazos, y los que pensaban mi mal hablaban iniquidades y meditaban fraudes todo el día.

Mi corazón está dispuesto, oh Dios: cantaré y salmearé todavía en mi gloria.

Despierta, salterio y arpa: despertaré al alba.

Te alabaré, ¡oh Jehová! entre los pueblos: á tí cantaré salmos entre todas las naciones.

Por que grande más que los cielos es tu misericordia, y hasta los cielos, tu verdad.»

Esa es, arpa, tu página inmortal. Sí, puedes decirlo con orgullo; has ayudado á cantar las tristezas y las alegrías, el sublime poema de un pueblo á cuyo paso abrió Dios las aguas del Mar Rojo, y para cuyos sufrimientos tuvo por premio la paradisíaca tierra de promisión.

También sabes cantar el amor, pero no el amor arrebatado y loco, sino el puro y dulce amor de la inocente virgen. La mujer hermosa, á quien no ocultas la clave de tus secretos, reconocida te cuenta todos sus pesares, y enamorada de tu belleza te abraza conmovida, vertiendo hermosas lágrimas que arrancas fácilmente con tus inspirados cantos.

La música religiosa no puede encontrar intérprete más fiel y severo que tú. Gounod, en su sentida y melodiosa *Ave-María*, ha solicitado de tí la inmortalidad, y en cuatro notas se la has concedido. ¡Poder maravilloso!

Tu fama es universal; tu compañera, la musa; tu altar, el templo. Allí, en esas grandiosas festividades religiosas, donde se respira mirra é incienso, y la vista, impresionada por la sublimidad misteriosa del culto, cree perderse en la gloriosa región de la eternidad divina; cuando la voz grave, sonora, magestuosa del sacerdote que celebra el sacrificio incruento, cesa de cantar breve rato, y un público inmenso se confunde en la oración ferviente; cuando en el altar brillan el oro de los candelabros, las plateadas lentejuelas que adornan las colgaduras, y los vistosos ramos de flores que la devoción consagra á la Inmaculada Virgen; cuando los fieles todos se postran de rodillas, porque la Divina Forma va á seralzada, en medio de un silencio imponente, roto tan solo por el leve murmullo de la plegaria y el rezo, del coro, lujosamente engalanado con terciopelo y seda, sale una voz melódica, preludio más bien de angelicales coros, que ahoga todos los ánimos en un mar de dulcísima armonía... es la voz del arpa, que quiere llevar hasta el Eterno reunidas las oraciones de todos los fieles.

Pero, dolor causa decirlo, el arpa no siempre goza de las consideraciones que su ilustre origen y sus innegables títulos merecen. Yo la he visto muchas veces rota, sucia, enmohecida, casi muerta por esas calles, en hombros de pequeños y desgraciados músicos, que más bien la arrastraban que la conducían.

Ya sé la causa de esta degradación.

El arpa no ha olvidado que estuvo en Jerusalén, y por eso es ahora la pesada cruz con que los niños músicos suben al calvario del arte.

MIGUEL MOYA.

MOVIMIENTO RELIGIOSO

PEREGRINACION AL VATICANO

Hé aquí la notabilísima carta que el Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Barcelona, acaba de dirigir al señor Presidente de la Juventud Católica.



Dice así:

Señores Presidente y demás individuos de la Juventud Católica de Barcelona.

Por los anuncios, invitaciones y acuerdos que se han insertado en los periódicos, he visto con indecible satisfacción los fervorosos sentimientos de que se encuentra animada la Juventud Católica del Principado de Cataluña, haciendo un llamamiento lleno de fe, de piedad, de abnegación y de entusiasmo, para reunir una Peregrinación de toda España, que agregue un triunfo más á los muchos con que se manifiesta coronada de gloria, nuestra Iglesia Santa, como institución divina, que no está sujeta á las vicisitudes y mudanzas que hacen de tan poca vida todas las obras de los hombres.

Mientras las divisiones y los partidos acaban con los imperios y no dejan medrar ni aún las más opulentas naciones, cumpliéndose á la letra la gran verdad, que predicó para nuestra enseñanza el Salvador del mundo, cuando dijo: «Que la funesta suerte de todo reino, que se divide, es necesariamente su ruina.» La Iglesia Católica, con ser su dominación tan vasta, que se extiende por todo el mundo, y comprende en su seno más de 200 millones de súbditos, pertenecientes á distintas naciones y familias, que ni se conocen, ni entienden su lenguaje, ni tienen relaciones entre sí, ostenta admirablemente su unidad, identificándose todos sus hijos en sus creencias, en sus prácticas y muy principalmente, en su amor respetuoso al principio de autoridad, en su adhesión firme y obediencia ciega á su Pontífice supremo, en su celo ardiente por honrar su sagrada persona, por defender sus derechos, por subsanar con crecidas ofrendas los perjuicios enormes que sufre en sus intereses temporales, por acreditar, en fin, que aunque todos los poderes humanos abandonen su santa causa, y sus enemigos acrezcan contra ella, hay una fuerza superior, que ni los ejércitos destruyen, ni carcome la política; una fuerza moral, que por su índole se sobrepone á todos los esfuerzos de la materia; una fuerza venida del Cielo, que la gracia de Dios despierta y desarrolla en el corazón de los verdaderos católicos, para sostener el Trono Pontificio; fuerza verdaderamente colosal que llenó de asombro el mundo en el largo y turbulento Pontificado de Pío IX, y ya empieza á asombrar en los pocos días que cuenta de ser Papa, su dignísimo sucesor Leon XIII.

Esta es la grande obra de las peregrinaciones, que se han multiplicado en nuestra época, y haciendo por cierto magnífico contraste con las manifestaciones artificiosas y hasta ridículas de que se vale el genio del mal para hacer prosélitos, sin que logre formar cuerpos compactos, por muchos individuos que se aglomeran; porque no es posible que haya cuerpo, donde las partes no se unen,

donde no hay un vínculo de fuerza suprema á que todos necesariamente obedecen.

Muy grande es la satisfacción que experimenta mi alma, cuando encontrándome llamado por el cielo, sin mérito alguno mío, á ocupar la silla episcopal de Barcelona, veo tan perfectamente dispuesto ese terreno, organizándose ya una peregrinación, que promete ser brillantísima; formada una junta central en la capital misma del Principado, para entender en todo lo concerniente al asunto; entabladas relaciones con Prelados eminentes y hasta con el muy reverendo Nuncio de S. S., que se ha dignado dirigir á la Juventud Católica palabras muy afectuosas, congratuándose de la empresa y exhortándola á llevarla á cabo de una manera digna, según corresponde á la grandeza del objeto y al honor de nuestra España, que tan alta puso su bandera en las peregrinaciones de 1876 y 1877.

Muy lejos estoy de merecer el honor que se me ha dispensado, colocándome en la Presidencia de la Junta Central que se ha constituido en Barcelona, sin que pueda ser otra la causa de ello, que la de estar designado para prelado de aquella iglesia. Pero lo acepto con gozo muy grande de mi alma, confiado en la Divina Providencia, que me dispensará sin duda los auxilios necesarios para desempeñar con acierto un cargo tan delicado por todas sus circunstancias.

Repito que lo acepto lleno de júbilo, porque no puedo inaugurar mi Pontificado de una manera más digna, ni más en armonía con mis convicciones y mis sentimientos, ni pueden ofrecerse esperanzas más lisonjeras que las que se desprenden de este hecho, empeñando mi celo para que prósperamente se realice la peregrinación proyectada, pos-trándome á los pies del muy digno sucesor de Pío IX el Grande, con fervorosos fieles que Él mismo me ha dado por hijos, para rendirle un tributo de veneración y obediencia, para darle un testimonio de nuestra fe viva, de nuestra firme adhesión á la Cátedra de Pedro, y de nuestro ardiente celo por el triunfo de la Iglesia Católica, del cual depende la verdadera vida de la sociedad.

Por lo tanto, como podrá demorarse algunos días mi traslación á esa capital, con motivo de las formalidades que marca el Derecho, quiero anticiparme dando gracias en primer lugar á la Juventud Católica por la presidencia que me ha confiado, congratulándome luego con la misma por el pensamiento interesantísimo de la peregrinación, y ofreciendo no excusar por mi parte afanes ni sacrificios, para consultar á la buena organización de ella y á cuanto pueda contribuir á que sus resultados sean más gloriosos.

Y en prenda de mi particular afecto, con el vivísimo deseo de confortar en su buen espíritu á todos los asociados, les doy mi bendición pastoral.

Puerto de Santa María, 1.º de Agosto de 1878.
José María, Obispo preconizado de Barcelona.

La peregrinación española para Octubre del presente año, no es exclusiva como se ha dicho para los académicos de la Juventud Católica; la Junta Central llama á todos los católicos de España, sin excepción de edad, clase, condición, ni sexo.

Dicen de Manlleu que apenas llegó á noticia de los católicos de aquella población la proyectada romería al Vaticano, se reunieron varios grupos de entusiastas del Pontífice y empezaron una especie de lotería para sortear el que de ellos pueda ir á Roma, con el fondo que todos ponen semanalmente. Lo mismo pasa en Roda, Torelló y demás pueblos de aquella comarca.

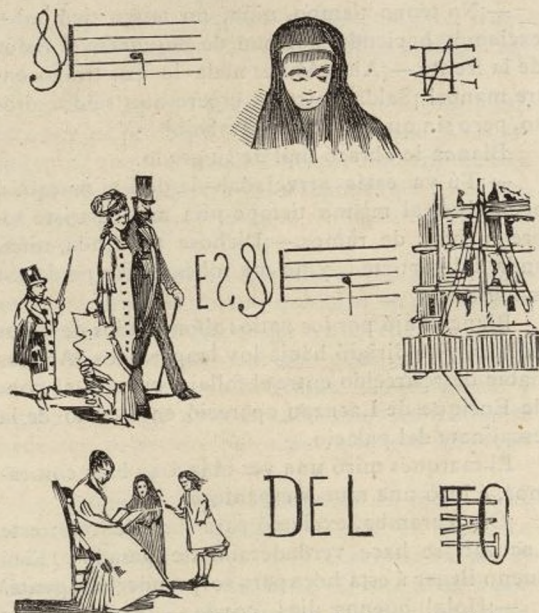
SOLUCION Á LA CHARADA INSERTA EN EL NÚMERO 5

OLEAJE

SOLUCION AL JEROGLIFICO DEL NÚMERO ANTERIOR

Los excesos de la vida
aceleran la decrepitud.

JEROGLIFICO



La solución en el número próximo.

Imp. de LA ILUSTRACION CATÓLICA, Villa, 4.

SECCION DE ANUNCIOS

CROMOS

Retrato en gran tamaño de Su Santidad Leon XIII. Se vende en esta administración al precio de 6 reales ejemplar.

LA DAMA DEL REY

DRAMA HISTÓRICO EN TRES ACTOS Y EN VERSO

POR D. VALENTIN GOMEZ

Se vende á 8 rs. ejemplar en esta Administración, y en la Lirico-dramática de D. Eduardo Hidalgo, calle de Sevilla, 4, pral.

RETRATOS Y LAMINAS

Bellísimos retratos de Su Santidad Pío IX y de Leon XIII, estampados en papel casi cartulina, de las dimensiones de 46 por 30 centímetros, y al ínfimo precio de DOS REALES CADA EJEMPLAR.

También hay de venta dos magníficas láminas, que representan LA CONCEPCION, de Murillo, y la APOTEOSIS DE SU SANTIDAD Pío IX, estampadas en papel superior, de 40 por 28 centímetros de dimension, al precio de REAL Y MEDIO CADA EJEMPLAR.

Tomando de cien ejemplares en adelante, se rebaja un 25 por 100.

Punto de venta, calle de la Villa, núm. 4, Madrid.

DE LA VIDA Y DE LAS VIRTUDES CRISTIANAS

CONSIDERADAS EN EL ESTADO RELIGIOSO

obra escrita en francés por M. C. GAY.

Obispo de Anthonon, Auxiliar del de Poitiers

traducida de la 7.ª edición

POR GABINO TEJADO

Tres tomos, 8.º mayor, á 12 reales cada uno para los que se suscriban desde luego, abonando al recibir el primero y segundo tomos, ya publicados, el importe total de la obra.

Está ya en prensa el tercer tomo, y en breve se publicará, siendo entonces 48 rs. el precio de la obra.

Se suscribe en la librería de Tejado, calle del Arenal, 20, Madrid, y en las demás librerías católicas, como también en las Administraciones de los diarios *El Siglo Futuro* y de *La Fé*, y de las Revistas católicas.

LOS LIBERALES SIN MÁSCARA,

POR

D. VALENTIN GOMEZ

Esta obra se vende á 4 rs. ejemplar en la Administración de este periódico, y en las principales librerías.

A los señores libreros y corresponsales que pidan de doce ejemplares en adelante se les hará una rebaja del 25 por 100.

LA ILUSTRACION CATÓLICA

se publica desde el 1.º de Julio en papel superior, con tipos nuevos y elegantes, y consta de OCHO PÁGINAS, conteniendo VEINTICUATRO GRANDES COLUMNAS DE TEXTO, perfectamente impresas, é intercaladas con magníficos grabados, representando, ora los principales acontecimientos de actualidad que ocurran en el mundo católico, ora retratos de los personajes más importantes en la Iglesia, en las Ciencias, en la Literatura y en las Artes, ora copias de los mejores cuadros y esculturas de nuestros Museos y Templos.

Sale á luz, con la puntualidad que tenemos acreditada, los días 7, 14, 21 y 28 de cada mes, sin embargo de dar suplementos cuando los acontecimientos ó la aglomeración de asuntos de importancia lo requieran, ampliando el texto ó los grabados.

A pesar de los excesivos gastos que la importancia de las reformas introducidas en esta publicación nos ocasionan, constantes en la idea de satisfacer la imperiosa necesidad que se deja sentir en el seno de la familia española de una publicación de esta índole, que proporcione grato esparcimiento al par que instructivo recreo, hemos procurado (y creemos haberlo conseguido) que su adquisición continúe al alcance de todas las fortunas, de manera que pobres y ricos puedan sin sacrificios poseer esta elegante Revista, como puede observarse en los precios de suscripción que insertamos á la cabeza del periódico.

Los Sres. Suscritores á los diarios *La Fé* y *El Siglo Futuro*, seguirán disfrutando de la rebaja de dos reales en el importe de sus abonos por trimestre y semestre, y de cuatro reales por año; pero han de hacer el pago directamente en nuestra Administración.

Las suscripciones se pagarán adelantadas.

PUNTOS DE SUSCRICION

MADRID.—En la Administración de LA ILUSTRACION CATÓLICA, calle de la Villa, núm. 4 en las principales librerías y por medio de los repartidores.

PROVINCIAS.—En casa de los Sres. Corresponsales de la Empresa.

Los Sres. Suscritores de provincias que prefieran entenderse directamente con la Administración, deberán remitir el importe de sus abonos en libranza del Giro Mútuo ó en letras de fácil cobro, ó bien en los *Bonos del Timbre*, que para la suscripción de los periódicos se hallan de venta en todos los estancos de la Península. También pueden remitir el importe en sellos de franqueo, pero éstos han de ser precisamente de comunicaciones.

FILIPINAS.—D. Gervasio Memije, imprenta del Real Colegio de Santo Tomás, en Manila.

BUENOS AIRES.—D. Manuel René, calle del Perú, núm. 42.

La correspondencia y reclamaciones se dirigirán al Administrador de LA ILUSTRACION CATOLICA, calle de la Villa, núm. 4, Madrid.